

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NÚMERO 7805.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAL, tres meses, 7-50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11-25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. LONSTRÉ, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JONES & Co, bis rue du Fau-Gourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.

Números sueltos 15 céntimos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS. 4.

Miércoles 23 de Noviembre de 1887.

SOCIEDAD ANÓNIMA DE AGUAS DE SANTA BARBARA.

Constituido definitivamente el Consejo de Administración por la Junta general reunida el día 13 del presente mes, invita á las personas que gusten cooperar á tan útilísima empresa á que concurran á las oficinas de la Sociedad, calle del Aire, 20, principal, donde se admiten suscripciones.

Hallándose ya en Cartagena el Gerente D. Eduardo Balaciart queda igualmente abierta la suscripción en dicha oficina, para abonarse al consumo de agua á domicilio.

Cartagena 14 de Noviembre de 1887.—P. O., El Secretario, Federico Torralba Pedreño.

LLOYD ANDALUZ.

COMPANIA DE SEGUROS MARITIMOS.

Por fallecimiento de su comisionado en esta plaza Sr. D. Antonio Monzón (q. e. p. d.) ha pasado su representación á los señores Toro y Martínez de este comercio. Plaza de S. Francisco 21.

LA MODA Y LA TISIS.

(HIGIENE DEL BELLO SEXO.)

Bien se me alcanza á mi que cuantas leyeren este artículo han de declararse mis enemigas; pero quien sabe si al terminar su lectura, habrán templado sus ánimos, y hasta quizás muchas seguirán los consejos higiénicos que voy á exponer.

Indudablemente el epígrafe de mi artículo no puede ser más raro, y ha de parecer extraño que en él se encuentren amalgamadas la moda y la tisis; pero es indudablemente también que entre ambas cosas existen vínculos estrechos, que únicamente la práctica de los preceptos de una buena higiene puede hacer divorciar.

Entre todas las prendas de vestir que la mujer usa, la necesaria, la más imprescindible que exige la moda, es el corsé; y precisamente por esto, teniendo en cuenta los trastornos que este objeto produce en el bello sexo, á él han de dirigirse todas mis críticas, para que poniendo de manifiesto los daños que acarrea, se modifique su aplicación, ya que cobito la responsabilidad que se destierre por completo su uso.

El corsé, destinado higiénicamente hablando, como elemento necesario para sujetar moderadamente las masas carnosas y los órganos contenidos dentro de la cavidad del cuerpo ó caja torácica, con el único objeto de que cada uno guarde la posición que debe ocupar, á fin de que la respiración y circulación verifiquen sus importantes funciones con

el desahogo y amplitud necesarias, lo destina hoy la moda para modelar, para hacer más diminuto el talle y la cintura de las jóvenes, presentando así un atractivo á la vista, que al fin y á la postre, por demás se conoce que es ficticio.

Para llevar á cabo su perjudicial empresa, sacrifíquese (digo mal), aviénesese gustosa la mujer á llevar aprisionada su tronco por jaula de acero y tela tan sumamente ajustada, que en la mayoría de los casos es necesaria la intervención de una doncella para abrocharla, y no son pocas, puedo asegurarlo, las que no contentas con llevar aprisionado su cuerpo para exhibirlo en los teatros, paseos ó recepciones, renuncian á quitarse esta prenda aun en las horas de sueño, á fin de amoldar su tronco á la diminuta cavidad en que lo encerraron.

Primeramente, con la compresión ejercida en estos órganos, lo que antes se presenta es un gran entorpecimiento y dificultad en la circulación de la sangre por las arterias y venas que serpean y nutren las referidas entrañas; en virtud de este entorpecimiento, la sangre no llega á las mismas en la cantidad necesaria, y de aquí el primer síntoma

menstruales, desórdenes tan frecuentes en este desdichado país; estas alteraciones no son ni más ni menos que producidas porque la sangre que empieza á fluidificarse, es decir, que se hace más aguachada (valga la frase), acaba por disminuirse en sus elementos sólidos (glóbulos rojos, hierro, etc.) y encuéntrase la joven completamente anémica, ó lo que es igual, falta de suficiente sangre; además, por esta circunstancia preséntase esa palidez de la cara que tanto abunda en las jóvenes.

Ahora bien: si los pulmones se encuentran fuertemente aprisionados entre sí por la compresión que del exterior ejerce el corsé, ¿cómo es posible que el aire penetre dentro de ellos y el oxígeno ejecute completamente su función vital si no hay espacio para contenerle? De aquí proviene todo el sin número de desastres que paulatinamente vienen sucediéndose, y que causan horror á los que como yo, hemos tenido ocasión de observarlos infinito número de veces en la práctica.

Sin necesidad de descender á este último detalle, que no solo es absurdo, sino á decir verdad hasta inhumano, no he de esforzarme mucho en demostrar lo altamente perjudicial que es el llevar el corsé comprimido de la manera que hoy la moda exige.

En primer término diremos, que esta prenda tiene una hechura completamente opuesta á la que debiera tener. De esta extraña y penosa disposición resulta que entre el cuerpo y el corsé se constituye un bicono truncado que adquiere la forma de un tonel á beneficio del cual

se verifica una terrible compresión en el hígado, estómago y bazo, estos á su vez suben á ejercer igual presión en el diafragma (tabique carnoso que separa el pecho del vientre) y éste, en unión de las vísceras ó entrañas referidas, aprieta fuertemente á los pulmones y al corazón produciéndose con todo ésto, una serie de desastres, que, aunque á la ligera, he de reseñar de modo que sea comprendido por mis encorseladas lectoras.

La sangre empieza por no tomar del aire que se respira el oxígeno necesario; además y como ya he referido, por la compresión del corsé la circulación sanguínea se entorpece, este líquido se fluidifica, sucedense luego los desórdenes menstruales, la anemia ó mejor dicho, la pobreza de sangre viene á imperar en el organismo ya débil por la falta de ejercicio muscular del tronco, comienza la pérdida del apetito, los desarreglos en la digestión; manifiéstase la palidez general, los vahidos; algunas veces preséntanse ataques epilépticos; más tarde empiezan á iniciarse las hemoptisis (salida de sangre por la boca) y la demacración general, síntomas todos que indican la invasión en los pulmones de tubérculos, etc. y entonces por desgracia, ya es tarde para combatir ese fatal estado, que no es sino una tuberculosis pulmonar (tisis) la cual lleva al sepulcro á la joven que ya empezaba á sufrir cuando apenas si había saludado la primavera de su vida.

Ya ven, pues, mis lectoras si las necias y malévolas exigencias de la moda pueden bien fácilmente procrear la tisis y no se crea que todo lo expuesto son inventos ó exageraciones que tiendan únicamente á enjendrar el pánico sin que existan fundamentos sólidos, no; desgraciadamente todos los síntomas, todas las alteraciones enunciadas, no son más que un boceto fiel y exactísimo tomado del natural, observado cien y cien veces en la práctica.

Pues bien, ¿qué remedio puede emplearse en evitación de lo dicho? Bien sencillo y fácil sería hallarlo. Desterrar el uso del corsé, á pesar de los estragos que causa, sería pedir peras al olmo: bien se me alcanza que esto es imposible; la moda está más arraigada en nuestra sociedad que la higiene; pero ya que esto no es posible, adóptese el uso de un corsé constituido de telas sin armazón de aceros ni ballenas, que sirva únicamente para sujetar con moderación las masas carnosas sin que impida la amplia y completa dilatación pulmonar ni oprima la cintura, prenda que reuna estas condiciones á la perfección no hay otra como el justillo que usan las aldeanas.

Generalícese en todas las clases de la sociedad el empleo de esta prenda, que no sea solo del dominio de los pueblos, sino también de las grandes ciudades;

úselo tanto la obrera modesta como la aristocrática y elegante dama, y el número de anémicas y tísicas disminuirá notablemente en lo sucesivo.

Y en fin; mientras estos medios se popularizan, únicos que una buena higiene debe aconsejar, ya que por el momento no puedan ponerse en práctica, satisfecho quedaré yo si al menos algunas de mis lectoras, más sensatas, alfojan un poco las cintas de su corsé que al fin y al cabo, para ellas serán los beneficios.

Manuel Corral y Mairá.

(De El Mundo.)

Variedades.

FIASCO.

Feliz Tomasa con Juan vivir en paz se creía, porque ciego la quería y era un rendido galán. Cifraba en ella su apecho Juan porque mucho la amaba, y Tomasa prodigaba siempre á sus penas consuelo. Ella con frases de amor juraba corresponderle y lograba enloquecerle con su rostro encantador. Felices los dos amantes veían su amor crecer.... más nunca Juan pudo hacer le recibiera sin guantes. Él entró en curiosidad de saber porque esto hacía y en su interior se decía: «Nada, paciencia, observad.» Y una mañana, observando, vió á su adorada Tomasa, que en el jardín de su casa estaba un ramo arreglando. Sintió al verla escalofríos y hasta creyó que no fuera ella, la niña hechicera que á su pasión daba bríos. Y es que la vió sin los guantes y sin ponerse el pañuelo, y al verla, en su desconuelo maldijo quererla ántes. Porque aquellas lindas manos que los guantes ocultaban, más callos en sí ostentaban que las de torpes villanos; y la bella cabellera, que contemplar él solía, en un banco la mecía la dulce brisa ligera. Al verla así de allí huyó con el pecho destrozado; y al recordar escamado lo que en el jardín pasó, si vierte frases amantes á cualquiera, no se olvida de preguntarle enseguida: «Señorita, usa usted guantes?»

J. M. A.